

EL BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER ANTE SU PROPIA MISIÓN

Antonio Aranda*

1. Perspectivas de nuestro estudio

Las cuestiones contenidas en estas páginas forman parte de un extenso estudio sobre el hecho teológico y pastoral del Opus Dei, que verá la luz más adelante. Aquí se adelantan en breve síntesis algunos aspectos históricos centrales, que serán desarrollados en la parte introductoria del futuro volumen. La ocasión de este Congreso, en el ámbito de la preparación del próximo Centenario del Nacimiento del Beato Josemaría, parecía muy oportuna para ofrecer una panorámica de los acontecimientos relacionados con los orígenes históricos de su misión en la Iglesia. Como es lógico, dicha mirada panorámica, debería detenerse no sólo en la exposición de datos históricos sino también —el tema mismo lo exige— en la lectura teológica de su contenido. Nuestra atención se orientará, por tanto, con esa intención, hacia los inicios de la misión del Beato Josemaría tratando de contemplarlos en su propio brotar, a través de los testimonios del Fundador. Los datos que se poseen acerca del nacimiento del Opus Dei

* Presbítero. Doctor en Teología. Profesor Ordinario de Teología Dogmática y Teología Espiritual en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad de la Santa Cruz, Roma. Director del Departamento de Teología Espiritual de dicha Facultad, de la que fue Decano hasta 1998.

muestran, como veremos a lo largo de estas páginas, aunque ya ahora lo adelantemos directamente, que el Beato Josemaría Escrivá entendió desde el primer momento su tarea como una misión fundacional. Eso era lo que Dios le encomendaba en aquellos decisivos instantes de la mañana del día 2 de octubre de 1928, que iluminaron y orientaron para siempre su existencia personal y su actividad sacerdotal. El joven sacerdote de veintiséis años, que “barruntaba” desde hacía más de diez un escondido querer de Dios, en Quien esperaba abandonado, advirtió entonces sin necesidad de razonamiento, bajo la fuerza resolutiva de una gracia de inspiración, que había llegado a su término el prolongado tiempo de la espera. Aquella impredecible iluminación, que irrumpía en la intimidad de su alma, con los signos inequívocos del obrar divino, fue captada inmediatamente por Josemaría Escrivá como la manifestación decisiva de la voluntad de Dios con relación a la llamada al sacerdocio que años atrás había recibido. Recordará ya para siempre la íntima conmoción de aquellos momentos, a los que se referirá con frecuencia a lo largo de su existencia.

Desde una perspectiva conceptual, la noción teológica de “misión fundacional” incluye las notas de singularidad y especificidad. Si Dios confiere a alguien ese tipo de encargo en la presente economía de la salvación –integrado, por tanto, en el desarrollo histórico del misterio de Cristo y de su Cuerpo, que es la Iglesia–, lo hace siempre de manera singular y específica. No existe, como es lógico, una genérica vocación de fundador, sino llamadas personales de Dios a realizar una misión fundacional concreta, que llega acompañada de las luces y dones necesarios para capacitar a la persona llamada. Tal dotación de gracias es la que se expresa habitualmente con la noción de “carisma fundacional”, bajo cuyo perfil conceptual se acogen múltiples realidades eclesiales que son, por definición, diversas entre sí, aunque la diversidad pueda no ser en muchos casos acusada. Analizar una cualquiera de ellas (es decir, un concreto carisma fundacional, con su correspondiente misión) exige llevar a cabo un estudio atento de sus características peculiares, con el propósito de establecer sus elementos eclesiológicos constitutivos, que se sintetizan en su

naturaleza y su finalidad. En el caso que nos concierne, se trata de captar y analizar con brevedad en su fuente originaria las claves teológicas que encierra la fundación del Opus Dei.

2. El protagonismo del tiempo, “al paso de Dios”

Es un dato histórico muy conocido que la misión del Beato Josemaría tuvo comienzo en Madrid el 2 de octubre de 1928, y se extendió durante cuarenta y siete años, hasta el 26 de junio de 1975, día en que Dios lo llamó junto a Sí. La impronta dominante de ese largo período de tiempo podría ser descrita con estas palabras del Fundador: “Siempre la misma savia; siempre la misma luz. La Obra ha crecido, al paso de Dios, y es la misma de aquel 2 de octubre de 1928”.¹ Como en cualquier realidad terrena, contará mucho en el desarrollo de la misión que estudiamos el correr natural del tiempo, los ritmos y las circunstancias ordinarias de la historia. Pero, a la vez, como realidad de origen carismático, sus tiempos y momentos determinantes vendrán establecidos por la gracia: será hecha, según la expresión que hemos leído, “*al paso de Dios*”.

Los ritmos de la historia humana y los ritmos, indeducibles a priori, de la gracia divina, se entrecruzan desde el primer momento en la misión que Dios inspira y pide hacer a Josemaría Escrivá. Desde su inicio gozará el Fundador de dos imborrables certezas: que todo ha comenzado inesperadamente para él en aquel 2 de octubre de 1928, y que será Dios quien vaya haciendo la Obra, contando con él como instrumento. “Como es todo cosa de Dios y Él quiere que salga adelante hasta el fin –escribirá, por ejemplo, en 1940–, sobran los apresuramientos. La Obra comenzó el 2 de octubre de 1928, día de los Santos Ángeles Custodios, y tiene eternidad. ¡Mientras haya hombres viadores, habrá Obra!”.²

El entrecruzarse del tiempo humano y de la acción divina en la historia constituye una característica propia de la economía salvífica, una realidad a la que estamos habituados en el don y la experiencia

¹ Carta 25-I-1961, n.71.

² *Apuntes íntimos*, n. 1609; el pasaje tiene fecha de 5-II-1940.

de la fe. El obrar divino respeta la naturaleza del tiempo de los hombres a la vez que lo trasciende, y establece dentro de él determinadas cadencias o ritmos, orientaciones y momentos. La idea que aquí tocamos, de gran calado teológico, podría ser ilustrada de distintas maneras, pero quizás sea suficiente con aludir a la conocida distinción, propia de la concepción cristiana, entre el tiempo como *crónos* y el tiempo como *kairós*. Con el primero de esos términos se designa el tiempo humano en su puro discurrir histórico, aunque visto ya desde la salvación en Cristo, en Quien el tiempo ha alcanzado su misteriosa plenitud. Con el segundo de los términos, *kairós*, se quiere aludir en cambio a ciertos instantes puntuales en los que, en el curso general del tiempo, irrumpe con fuerza la gracia divina, y se desvela un preciso querer de Dios. Cada uno de esos *kairoi* es expresable como una auténtica “visitación” divina: lugar y tiempo de una singular manifestación de su voluntad.

El protagonismo del tiempo en la realización histórica de los planes de Dios nos permite comprender, sin alcanzar a explicarlo con razones de pura lógica humana, que la existencia cotidiana del Beato Josemaría, estuviese jalonada también de momentos fuertes e inesperadas luces: verdaderos tiempos de “visitación”. En el contexto de su misión eclesial, esas “visitaciones” son portadoras de luz, de fortaleza, de consuelo, de exigencia de santidad, y siempre de urgencia apostólica. A través de tales momentos se establece el ritmo peculiar de la fundación, “al paso de Dios”. Un “pasar divino” pleno de significados teológicos, espirituales y pastorales. Es Dios quien pone los fundamentos, distingue las etapas y marca las metas de cada momento. Y el joven Fundador experimenta que el Señor le va llevando hacia donde quiere, al igual que un padre guía a su hijo pequeño cuando juega con él a hacer construcciones: “¿Habéis visto cómo juega un chiquillo con su padre? El niño tiene unos tarugos de madera, de formas y de colores diversos... Y su padre le va diciendo: pon éste aquí, y ese otro ahí, y aquel rojo más allá... Y al final ¡un castillo! Pues así, hijos míos, así veo yo que me ha ido llevando el Señor *ludens coram eo omni tempore: ludens in orbe terrarum* (Prov. VIII, 30 y 31),

como en un juego divino”.³

Es muy interesante captar el equilibrio entre sentirse como un niño, incapaz de todo y confiado filialmente en su Padre, y saberse instrumento a través del cual se está realizando una auténtica Obra de Dios, perdurable hasta el final de los tiempos. Es una armonía que nace en los hombres de Dios a partir de la fuerza configurante de la gracia y de la personal correspondencia. El Beato Josemaría, al volver más tarde la mirada a aquellos tiempos de comienzo, achacará todo como siempre a Dios, que guiaba sus pasos, y le había enseñado –para hacer de él un instrumento– a hacerse niño: “Dios me enseñó (...) a hacerme como un niño: porque los niños son sencillos, no tienen doblez, y necesitan de su padre, como yo necesito de mi Padre Dios”.⁴ Pero el juego al que su Padre Dios le invitaba a jugar estaba inserto –pronto lo aprende el joven sacerdote– en la obra de la Redención, y se ha de llevar a cabo conforme al modelo del Hijo de Dios hecho hombre: con la madurez del sacrificio personal, gustosamente buscado y aceptado. “Por sus inspiraciones aprendí que hay que entregarse generosamente a la mortificación y a la penitencia, sabiendo darse de verdad, viviendo con heroísmo: que hay que cortar, si es preciso, una mano, o arrancar un ojo, si escandalizan, si son ocasión de descamino. Con esta claridad de visión, doy gracias al Señor por su Obra.”⁵

Así, pues, Dios enseñó al Beato Josemaría que, para realizar su misión en la Iglesia, debía aprender a ser y a saberse espiritualmente un niño, un hijo pequeño necesitado de Él para todo, pero dispuesto también, como Cristo, el Primogénito, a tomar sobre sus hombros la cruz. En unas palabras de 1975, semanas antes de dejar esta tierra, manifestaba veladamente esa conjunción de abandono filial y fortaleza

³ Carta 25-I-1961, n. 2. Más elocuente es aún, si cabe, este otro pasaje del mismo documento: “Y para abrir paso a este querer divino, verdadero fenómeno teológico, pastoral y social en la vida de la Iglesia, Dios me llevaba de la mano, calladamente, poco a poco, hasta hacer su castillo: da este paso –parece que decía–, pon esto ahora aquí, quita esto de delante y ponlo allá. Así ha ido el Señor construyendo su Obra, con trazos firmes y perfiles delicados, antigua y nueva como la Palabra de Cristo” (*Ibidem*, n. 4).

⁴ Homilía del 2-X-68, (Archivo General de la Prelatura -AGP-, P02, XI-1968, p.28).

⁵ *Ibidem*.

que sostenía su caminar fundacional: “¿Qué puede hacer una criatura, que debe cumplir una misión, si no tiene medios, ni edad, ni ciencia, ni virtudes, ni nada? Ir a su madre y a su padre, acudir a los que pueden algo, pedir ayuda a los amigos... Eso hice yo en la vida espiritual. Eso sí, a golpe de disciplina, llevando el compás. Pero no siempre: había temporadas en que no”.⁶ Sentido filial, pues, según Cristo, que significa también llevar sobre los hombros y sentir el peso de la cruz, y sobre todo estar en la cruz con Cristo,⁷ consciente a la vez de su significado de redención, de sacrificio que glorifica al Padre y trae la salvación a todos los hombres.

3. La iluminación sobre toda la Obra del 2 de octubre de 1928

El primero y principal de los momentos fuertes en la génesis y desarrollo histórico de la misión fundacional del Beato Josemaría tuvo lugar el 2 de octubre de 1928. Ése es el día en que, de una vez por todas, el carisma fundacional es dado y recibido, quedando el Opus Dei fundado. Los demás momentos fundacionales fuertes que vendrán después de aquél dicen, como veremos, referencia mediata o inmediata, explícita o implícita, a aquel momento único, originario y fundante. Dos de ellos como muestran los testimonios del Fundador— fueron portadores de importantes dones de iluminación interior y de un singular dinamis-

⁶ Apuntes tomados de una meditación, 19-III-1975 (AGP, P09, p.219).

⁷ “Cuando el Señor me daba aquellos golpes, por el año treinta y uno, yo no lo entendía. Y de pronto, en medio de aquella amargura tan grande, esas palabras: tú eres mi hijo (Ps. II, 7), tú eres Cristo. Y yo sólo sabía repetir: *Abba, Pater!; Abba, Pater!; Abba!, Abba!, Abba!* Ahora lo veo con una luz nueva, como un nuevo descubrimiento: como se ve, al pasar los años, la mano del Señor, de la Sabiduría divina, del Todopoderoso. Tú has hecho, Señor, que yo entendiera que tener la Cruz es encontrar la felicidad, la alegría. Y la razón—lo veo con más claridad que nunca— es ésta: tener la Cruz es identificarse con Cristo, es ser Cristo, y, por eso, ser hijo de Dios. (...) ¡La Cruz: allí está Cristo, y tú has de perderte en Él! No habrá más dolores, no habrá más fatigas. No has de decir: Señor, que no puedo más, que soy un desgraciado... ¡No!, ¡no es verdad! En la Cruz serás Cristo, y te sentirás hijo de Dios, y excluirás: *Abba, Pater!*; ¡Qué alegría encontrarte, Señor!” Apuntes tomados de una meditación, 28-IV-1963, (AGP, P01, XII-1963, p. 12).

mo de configuración, respecto a la realización histórica del Opus Dei. Se trata, como es sabido, del momento inicial del trabajo apostólico con mujeres, que tiene lugar el 14 de febrero de 1930, y del momento inicial de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, que viene a la luz el 14 de febrero de 1943. En la conciencia fundacional del Beato Josemaría esas dos fechas, dentro ya siempre de la luz fundante e indeleble del 2 de octubre, son como el memorial de dos intensos momentos del “pasar” resolutivo divino con respecto a la Obra. Bajo esas nuevas iluminaciones se harán más nítidos y profundos los horizontes de la misión y de la propia fundación. Analicemos la cuestión con más detalle.

La más completa narración autobiográfica de que se dispone de los acontecimientos del 2 de octubre de 1928 y, por tanto, del hecho fundacional, está contenida en el siguiente pasaje del Beato Josemaría: “(2 de octubre de 1931) Día de los Santos Ángeles, vísperas de Santa Teresita: Hoy hace tres años (recibí la iluminación sobre toda la Obra, mientras leía aquellos papeles. Conmovido me arrodillé—estaba solo en mi cuarto, entre plática y plática— di gracias al Señor, y recuerdo con emoción el tocar de las campanas de la parroquia de Ntra. Sra. de los Ángeles) que, en el Convento de los Paúles, recopilé con alguna unidad las notas sueltas, que hasta entonces venía tomando; desde aquel día, el borrico sarnoso se dio cuenta de la hermosa y pesada carga que el Señor, en su bondad inexplicable, había puesto sobre sus espaldas. Ese día el Señor fundó su Obra: desde entonces comencé a tratar almas de seculares, estudiantes o no, pero jóvenes. Y a formar grupos. Y a rezar y a hacer rezar. Y a sufrir... ¡siempre sin una vacilación, aunque yo ¡no quería!”⁸

En este pasaje, históricamente precioso, encontramos cuatro particulares acentuaciones o subrayados trazados por el propio autor (los hemos transcrito tal como están redactados), en los que nos parece advertir, hasta en la materialidad del gesto de subrayar precisamente esas palabras, una fuente reveladora de sus actitudes y sentimientos cuando las redactaba. Para nuestro estudio son particularmente interesantes. Los describimos y analizamos al mismo tiempo.

⁸ *Apuntes íntimos*, n. 306; el texto, como en él se lee, tiene fecha de 2 de octubre de 1931.

a) El primero de los subrayados aparece bajo las palabras: “(hoy) hace tres años”, que se refieren como es evidente a la fecha fundacional, y nos hace comprender la importancia que tiene esa precisión cronológica en la conciencia del Beato, que aludirá a esa fecha constantemente durante su vida. En aquel día preciso de tres años antes a la redacción de nuestro pasaje, sucedió algo totalmente nuevo para él, algo definitivo cuya fecha ha de quedar perennemente grabada. ¿Qué había sucedido entonces?

b) Segundo subrayado: “[recibí la iluminación] sobre toda la Obra [mientras leía aquellos papeles]”. Se trata de una acentuación que reviste una extraordinaria importancia para nuestro trabajo. “Sobre toda la Obra”: eso es lo que quiere destacar el Beato Josemaría cuando redacta esa frase; el término “iluminación” (“iluminación sobre toda la Obra”) es también literalmente suyo. En el contexto del entero pasaje, de estructura esencialmente narrativa y redactado no con ánimo descriptivo-analítico –menos aún con ánimo de interpretación teológica–, “iluminación” parece indicar sobre todo intelección clara y no buscada (recibida), que surge como la luminosidad que adviene cuando se enciende una lámpara en un recinto oscuro, o se recorren las cortinas de un ventanal y entra a raudales la luz del sol. La “iluminación” que menciona el texto cabe, pues, entenderla como una luminosa comprensión en la que, como sucede cuando la luz del sol alumbra las cosas, el Beato Josemaría comenzó a ver algo que, en cierto modo, ya estaba allí delante de sus ojos pero que no había visto hasta entonces porque no había sido bañado por la luz de Dios. Lo que vio entonces, es decir, el objeto y el fruto de aquella inesperada “iluminación” sobrenatural fue, sencillamente: “toda la Obra”.

Es muy interesante releer la frase: “recibí la iluminación sobre toda la Obra” al hilo de estas otras del Fundador: “Barruntos, los tuve desde los comienzos de 1918. Después seguía viendo, pero sin precisar qué es lo que quería el Señor: veía que el Señor quería algo de mí. Yo pedía, y seguía pidiendo. El 2 de octubre del 28 viene la

idea clara general de mi misión”.⁹ También en esta última frase se encuentra subrayada por el propio autor, referida a la que él mismo denomina “mi misión”, la expresión: “idea clara general”, que hemos de considerar complementaria de la que venimos estudiando aunque esté formulada por el Beato Josemaría en un momento distinto, si bien en ambos casos en referencia directa a los acontecimientos del 2 de octubre de 1928. Leídas juntas manifiestan una íntima compenetración y una mutua relación hermenéutica:

- “El 2 de octubre de 1928 viene la idea clara general de mi misión”;
- “(2 de octubre de 1931). Hoy hace tres años recibí la iluminación sobre toda la Obra”.

La luminosa intelección del día fundacional quedará, pues, expresada como “idea clara general” acerca de “toda la Obra”, entendida ésta como voluntad de Dios pero también como misión propia: “mi misión”. Esa iluminación arrojaba luz nueva no sólo sobre realidades espirituales y apostólicas íntimas, sino que su claridad hace descubrir al Beato Josemaría –le hace ver– algo muy concreto que antes no era para él visible, aunque ya fuera real en su fuente, es decir, en el querer de Dios: “toda la Obra”. Ahora, en la iluminación fundacional del dos de octubre de mil novecientos veintiocho, la ve “por vez primera”, como algo que Dios le encomienda hacer: su misión. Así lo expresaba el Fundador: “La Obra de Dios no la ha imaginado un hombre (...) Hace muchos años que el Señor la inspiraba a un instrumento inepto y sordo, que la vio por vez primera

⁹ Estas palabras textuales del Beato Josemaría están recogidas en una anotación de Mons. Álvaro del Portillo a un pasaje de los *Apuntes íntimos*, (n. 179; tiene fecha de 22 de marzo de 1931), que dice: “El 2 de octubre, fiesta de los Santos Angeles, Vísperas de Santa Teresita, se terminan las primeras inspiraciones: estamos hablando del año 1928”. La anotación de D. Álvaro señala: “Transcribo unas palabras que, al leer este párrafo, me dijo textualmente nuestro Padre: Barruntos, los tuve desde los comienzos de 1918. Después seguía viendo, pero sin precisar qué es lo que quería el Señor: veía que el Señor quería algo de mí. Yo pedía, y seguía pidiendo. El 2 de octubre del 28 viene la idea clara general de mi misión. A partir de ese 2 de octubre del 28 dejé de tener las inspiraciones que me iba dando el Señor. Más tarde, como explico aquí, empieza otra vez la ayuda especial, muy concreta, del Señor, y voy escribiendo estos apuntes pueriles, paralelos a las primeras Cartas y a las primeras Instrucciones, que escribía para darlas a los míos cuando llegara la hora. Ese día preciso –el 2 de octubre del 1928–, comienza la vida de gestación, nonnata, pero activísima del Opus Dei.” Se puede ver un estudio de este texto en: A. Aranda. “*El bullir de la sangre de Cristo*”. *Estudio sobre el cristocentrismo del Beato Josemaría Escrivá*, Madrid, Rialp, 2ª ed., 2001, pp. 96-109.

el día de los Santos Ángeles Custodios, dos de octubre de mil novecientos veintiocho”.¹⁰

c) El tercer subrayado de nuestro texto, que nos permite profundizar en el surco abierto con los anteriores, dice así: “[desde aquel día, el borrico sarnoso] se dio cuenta [de la hermosa y pesada carga...]”. Hasta ahora hemos dicho, siguiendo los textos, que el Beato Josemaría en aquella hora de Dios vio con claridad, comprendió lo que se le mostraba, pero ahora encontramos un nuevo e importante matiz: “se dio cuenta de la hermosa y pesada carga que el Señor, en su bondad inexplicable, había puesto sobre sus espaldas”. Ese darse cuenta incluye no sólo entenderla sino también, y específicamente, asumirla como algo que Dios ordena: aceptar, pues, la Obra que se le muestra como encargo que debe ser hecho. Se da cuenta, podemos decir, de que Dios ha querido traer a la luz una realidad nueva, y la ha puesto en sus manos: encomendándosela como misión. Se da cuenta, pues, al aceptarla, de la cualidad fundacional –humanamente inimaginable– de su misión. Cuando escribe el texto que comentamos, tres años después de aquel hecho, el encargo divino está plenamente en marcha. Han sido tres años en los que el peso de la carga se ha hecho notar duramente sobre las espaldas de quien aceptó llevarla como un pobre borrico. Y le ha costado en particular, como veremos a continuación, aceptarla en su cualidad de encargo fundacional.

d) Llegamos al cuarto y último subrayado del Beato Josemaría. Se encuentra dentro de la frase final del párrafo y dice sencillamente así: “yo ¡no quería!” La frase completa suena de esta manera: “Ese día el Señor fundó su Obra: desde entonces comencé a tratar almas de seculares, estudiantes o no, pero jóvenes. Y a formar grupos. Y a rezar y a hacer rezar. Y a sufrir ... ¡siempre sin una vacilación, aunque yo ¡no quería!” El acento está, pues, trazado sobre las dos últimas palabras del párrafo, a las que ese trazo espontáneo otorga una extraordinaria capacidad expresiva, reforzada aún más por la grafía utilizada por su autor: entre signos de exclamación, y dentro incluso de una afirmación ya exclamativa. Vale la pena releer ese final: “¡siempre sin una

¹⁰ *Instrucción*, 19-III-1934, 6-7; el subrayado es del Fundador.

vacilación, aunque yo ¡no quería!”

Salta gráficamente a la vista que el Beato Josemaría con ese triple énfasis (dos signos de exclamación y un subrayado), está dando forma escrita a un íntimo desahogo. Él se sabe sólo instrumento para una Obra de Dios, y le ha costado mucho serlo. Pero le ha costado no por el peso del encargo —que en 1931 ya ha podido experimentar seriamente, aunque aún no lo haya probado con todo el rigor que le acompañará en el porvenir—, sino porque es una tarea fundacional: porque él no quiere ser, y menos aun ser tenido por otros, como un fundador. Ese cuarto subrayado: “yo ¡no quería!”, que parecería gritado y no sólo escrito, tiene toda la fuerza de convicción de la verdad. Y permite que nos asomemos a la intimidad orante, penitente, humanamente valerosa, y sobre todo profundamente humilde de aquel joven sacerdote con misión fundacional.

Nos sitúan las palabras del cuarto subrayado ante un importante filón biográfico-espiritual, que es al mismo tiempo portador de datos teológicamente significativos. Algunos materiales de dicho filón ya nos han sugerido la necesidad de un estudio teológico más atento. Para tratar de comprender mejor las cosas es preciso que dirijamos la mirada hacia un momento histórico sucesivo y muy cercano al ya estudiado. Permaneciendo siempre vivísima su actitud de humildad, el Beato Josemaría alcanzará a descubrir, con la gracia de Dios, un nuevo horizonte de su misión, que le llevará a escribir, como veremos, estas palabras: “era preciso fundar sin duda alguna”.¹¹ Conviene recordar y analizar a este respecto los hechos acaecidos en torno al 14 de febrero de 1930.

¹¹ *Apuntes íntimos*, n. 1872. Estas palabras, como otras de los *Apuntes íntimos*, nn. 1870-1871, que serán citadas a continuación, pertenecen a una *relación autógrafa* redactada, a petición de Mons. Álvaro del Portillo, por el Beato Josemaría, y fechada el 14 de junio de 1948; en ese texto se narran con cierto detalle los hechos que nos disponemos a estudiar.

4. Las luces fundacionales del 14 de febrero de 1930

a) *Un tiempo de silencio del Señor*

El año transcurrido entre el 2 de octubre de 1928 y el mes de noviembre de 1929 significó una etapa nueva en la existencia del Beato Josemaría. Un tiempo que él mismo calificará como “de silencio del Señor”, y que cabría expresar como un paréntesis en medio de la “corriente espiritual de divina inspiración” en la que transcurre su vida anterior y posterior. De ese tiempo de silencio nos interesa aquí simplemente destacar que coincide en buena medida con la época que venimos de recordar.

Entre otros testimonios del Beato Josemaría con relación a aquel período y a su significado nos fijamos en dos. El primero dice así: “El 2 de octubre, fiesta de los Santos Ángeles, Vísperas de Santa Teresita, se terminan las primeras inspiraciones: estamos hablando del año 1928. Muere Mercedes en enero –el 23– de 1929. En agosto del mismo año le hago mi novena. Al cabo de tres meses, obtuvo del Señor Mercedes, indudablemente, la renovación de aquella corriente espiritual de divina inspiración, para la O. de D., perfilándose, determinándose lo que Él quería...”¹²

El segundo testimonio, más explícito, señala: “El silencio del Señor, desde el día 2 de octubre de 1928, fiesta de los Santos Ángeles y vísperas de Santa Teresita, hasta el mes de noviembre de 1929 dice muchas cosas: en primer lugar, mi falta de correspondencia; luego, pone de manifiesto, según se ha explicado otras veces, la intervención de Mercedes, protectora de la Obra; finalmente, evidencia de modo indudable que la Obra es de Dios, pues, si no hubiera sido inspiración divina, la razón exige que, recién terminados los santos ejercicios en octubre del 28, inmediatamente, con más ilusión que nunca, porque ya quedaba dibujada la empresa, continuara este pobre cura anotando y perfilando la Obra. No fue así: pasó más de un año sin que Jesús hablara. Y pasó, entre otras razones,

¹² *Apuntes íntimos*, n. 179; el texto tiene fecha de 22 de marzo de 1931. “O. de D.” indica la Obra de Dios, el Opus Dei. Mercedes Reina O’Farrill era una religiosa de las Damas Apostólicas, con la que don Josemaría se relacionó en Madrid a través de su trabajo pastoral en el Patronato de Enfermos, y por la que profesó admiración espiritual en vida y veneración tras su muerte, a la que se alude en el texto. Cfr. A. Vázquez de Prada. *El fundador del Opus Dei, I. Señor, que vea!*, Madrid, Rialp, 1997, pp. 313-314.

para esto: para probar, con evidencia, que su borrico era sólo el instrumento... y ¡un mal instrumento!”¹³

Como en otros textos autobiográficos del Beato Josemaría, la información sobre los hechos viene acompañada de una interpretación de su significado hecha por el propio protagonista, y dotada, por consiguiente, de gran valor hermenéutico. El dato básico es el año largo de silencio del Señor. ¿Qué ha pasado en esos meses? Ha sido, sin duda, un tiempo intensamente vivido, en el que Dios ha continuado llevando de la mano al Beato Josemaría, que, cada vez más, se siente sólo un instrumento. Es notable la claridad narrativa del segundo texto, pero lo es más aún el hecho de que mencione en dos ocasiones casi seguidas la misma idea: todo ha sucedido así para probar con evidencia que la Obra es de Dios. . . Y, en consecuencia, podríamos añadir nosotros, ... que debe ser hecha conforme al mandato recibido: fundando una nueva institución. Esto es, en efecto, lo que se deduce de los dos pasajes leídos, y de otros que ahora aportaremos, en los que el Beato Josemaría rememora los hechos con humildad (poniéndose mal a sí mismo, con sincero convencimiento) y, a la vez, con un cierto distanciamiento de su persona.

“Fui cobarde. Me daba miedo la cruz que el Señor ponía sobre mis hombros. Y, con una falsa humildad, mientras trabajaba buscando las primeras almas, las primeras vocaciones, y las formaba, decía: ‘hay demasiadas fundaciones, ¿para qué otra más?, ¿acaso no encontraré en el mundo, hecho ya, esto que quiere el Señor? Si lo hay, mejor es ir allí, a ser soldado de filas, que no fundar, que puede ser soberbia’.”¹⁴ He aquí claramente enunciada la raíz espiritual de la reticencia a fundar (el temor a ser engañado por la soberbia, temor filial de ofender a Dios), a la que se debe asociar una viva actitud personal de rechazo a la promoción de nuevas fundaciones.¹⁵ Eran actitudes que Dios permitía y de las que se

¹³ *Apuntes íntimos*, n. 475; el texto tiene fecha de 12-XII-1931.

¹⁴ *Apuntes íntimos*, n. 1870.

¹⁵ Se puede leer al respecto este elocuente testimonio del Beato Josemaría: “Tal es mi horror a todo lo que suponga ambición humana, aunque irreprochable, que si Dios en su misericordia se ha querido servir de mí, que soy un pecador, para la fundación de la Obra, ha sido a pesar mío. Sabéis qué aversión he tenido siempre a ese empeño de algunos –cuando no está basado en razones muy sobrenaturales, que la Iglesia juzga– por hacer nuevas fundaciones. Me parecía –y me sigue pareciendo– que sobran fundaciones y fundadores: veía el peligro de una especie de psicosis de fundación, que llevaba a crear cosas innecesarias por motivos que consideraba ridículos” (*Carta 9-I-1932*, n. 84).

iba a servir para hacer a su modo la Obra. ¿De qué modo?

“El Señor, que juega con las almas como un padre con sus niños pequeños –*ludens coram eo omni tempore, ludens in orbe terrarum* (Prov. VIII, 30 y 31); jugando en todo tiempo, jugando por el orbe de la tierra–, viendo en los comienzos mi resistencia y aquel trabajo mío entusiasta y débil a la vez, permitió que tuviera la aparente humildad de pensar –sin ningún fundamento– que podría haber en el mundo instituciones que no se diferenciaron de lo que Dios me había pedido. Era una cobardía poco razonable, la cobardía de la comodidad, y simultáneamente una confirmación de que no me interesaba, hijos míos, ser fundador de nada”.¹⁶ De ese pensar y buscar instituciones “que no se diferenciaron de lo que Dios me había pedido” –éste es el dato esencial pues Dios había pedido una cosa muy concreta–, se conservan diversos testimonios del Beato Josemaría, por ejemplo, éste: “Por entonces –después no me ha sucedido– de manera que parecía natural, llegaron a mis manos noticias de muchas instituciones modernas (de Hungría, Polonia, Francia, etc.), que hacían cosas raras... ¡Y Jesús nos pedía, en su Obra, como virtud *sine qua non* la naturalidad! Por fin, tuve conocimiento de los Paulinos del Cardenal Ferrari. ¿Será esto? Procuré enterarme (debía ser a fines de 1929) y, al saber que en la Compañía de San Pablo había también mujeres, escribí en mis Catalinas (...) ‘aunque no se diferenciara el Opus Dei, de los Paulinos, más que en no admitir mujeres ni de lejos, ya es notable diferencia.’ ”¹⁷

D. Álvaro del Portillo, en un sugerente comentario a estas últimas palabras, escribe: “La realidad es que fue obedientísimo a la Voluntad de Dios, aunque esta obediencia era compatible con el hecho de buscar si había algo que le eximiese de la necesidad de fundar una nueva institución. No quería ser fundador, pero amaba la Voluntad de Dios: y por eso, desde el primer momento, se puso a trabajar para llevar a cabo esa Voluntad explícita del Señor, que por fin se le había manifestado”.¹⁸ Ése era, en efecto, el quid de la cuestión: encontrar algo que le eximiese de fundar la

¹⁶ Carta 14-IX-1951, n. 3.

¹⁷ Apuntes íntimos, n. 1870.

¹⁸ Apuntes íntimos, n. 1870, nt. 1359.

concreta realidad que Dios le había hecho ver y había puesto en sus manos y en cuya realización trabajaba sin descanso. Y escribirá: “Con esa repugnancia a las fundaciones, a pesar de tener abundantes motivos de certeza para fundar la Obra, me resistí cuanto pude: sírvame de excusa, ante Dios Nuestro Señor, el hecho real de que desde el 2 de octubre de 1928, en medio de esa lucha mía interna, he trabajado por cumplir la Santa Voluntad de Dios, comenzando la labor apostólica de la Obra. Han pasado tres años, y veo ahora que quizá quiso el Señor que padeciera entonces y que todavía siga experimentando esa completa repugnancia, para que tenga siempre una prueba externa más de que Todo es suyo y nada mío”.¹⁹

Aunque siguiera experimentando la que él llama una “completa repugnancia”, es decir, una actitud espiritual de rechazo a figurar, a singularizarse, a ser tenido por fundador, desaparecerá pronto su resistencia a fundar. Eso tendrá lugar poco después de los hechos recién narrados, a partir del 14 de febrero de 1930.

b) La visión intelectual del 14 de febrero de 1930.

“Pasó poco tiempo: el 14 de febrero de 1930, celebraba yo la misa en la capillita de la vieja marquesa de Outeiro, madre de Luz Casanova, a la que yo atendía espiritualmente, mientras era Capellán del Patronato. Dentro de la Misa, inmediatamente después de la Comunión, ¡toda la Obra femenina! No puedo decir que vi, pero sí que intelectualmente, con detalle (después yo añadí otras cosas, al desarrollar la visión intelectual), cogí lo que había de ser la Sección femenina del Opus Dei. Di gracias, y a su tiempo me fui al confesionario del P. Sánchez. Me oyó y me dijo: ‘Esto es tan de Dios como lo demás’. Siempre creí yo –y creo– que el Señor, como en otras ocasiones, me trasteó de manera que quedara una prueba externa objetiva de que la Obra era suya. Yo: ¡no quiero mujeres, en el Opus Dei! Dios: pues yo las quiero”.²⁰

Estamos, como se puede ver, ante otro texto de particular relevancia histórica y teológica, en el que el Beato Josemaría informa de un hecho acaecido, un nuevo momento fundacional fuerte –un nuevo kairós di-

¹⁹ Carta 9-I-1932, n. 84.

²⁰ *Apuntes íntimos*, n. 1871.

vino, referido a la luz fundante del 2 de octubre de 1928—, pero comunica además su comprensión del hecho. La nueva iluminación fundacional llega a un lugar (el alma del Beato Josemaría) donde ya estaba encendida y viva la luz originaria del 2 de octubre, en la que al Fundador le había sido mostrada su misión, con la “idea clara general” de su contenido. Allí, en aquella luz del 2 de octubre, había visto la Obra que Dios quería; ahora, en el nuevo momento de gracia del 14 de febrero, se le ofrecen perspectivas del ser íntimo de la Obra, que antes no habían brillado así ante él, y puede comprender con nueva claridad dicho contenido. La nueva luz descubre perfiles propios de la fisonomía de la Obra, es decir, de su naturaleza y su finalidad apostólica.

¿Es posible formular con mayor precisión lo que el Beato Josemaría comprendió entonces con detalle? Debemos esforzarnos en captar mejor dos elementos internos de aquella visión intelectual que tienen, a mi entender, suma importancia. El primero y principal, queda perfectamente expresado en un testimonio posterior del Fundador: “Pensaba que en el Opus Dei no habría más que hombres. No es que no quisiera a las mujeres —amo mucho a la Madre de Dios; amo a mi madre y a las vuestras; quiero a todas mis hijas, que son una bendición de Dios en el mundo entero—, pero antes del 14 de febrero de 1930, yo no sabía nada de vuestra existencia en el Opus Dei, aunque sí latía en mi corazón el deseo de cumplir en todo la Voluntad de Dios. Y cuando terminé de celebrar ese día la Santa Misa, conocía ya que el Señor quería la Sección femenina”.²¹ Así, pues, el joven Fundador entendió que el Señor —transcendiendo con otro trazo definitorio los horizontes de su trabajo y hasta sus actitudes— quería algo más grande y mejor: que viniera ya a la luz, pues eso era realmente lo que había sucedido, dado que estaba en el ser de la Obra desde siempre, la Sección de mujeres del Opus Dei.

El segundo elemento importante es que la luz de 14 de febrero le hacía entender que, dejando de lado sus reticencias, “era preciso fundar, sin duda alguna”, como se lee en la narración autobiográfica del hecho: “Otro detalle providencial. Anoté, en mis Catalinas, el suceso y la fecha: 14 feb. 1930. Después me olvidé de la fecha, y dejé pasar el tiempo, sin

²¹ Apuntes tomados en una tertulia, 11-VII-1974 (AGP, P01, 1980, p. 136).

que nunca más se me ocurriera pensar con mi falsa humildad (espíritu de comodidad, era: miedo a la lucha) en ser soldadito de filas: era preciso fundar, sin duda alguna. Seguí trabajando con los chicos, sin que dejara de sentir la necesidad de buscar almas entre las mujeres: por fin admití a la primera. Y, al anotar en las Catalinas ese venturoso suceso (todo el trabajo con esta alma lo hice en el confesionario), se me ocurrió ver en qué fecha había pedido el Señor la Sección femenina... y ¡hacía justamente dos años! Había admitido aquel día a la primera vocación femenina, y era el 14 de feb. de 1932”.²²

La frase: “era preciso fundar, sin duda alguna”, escrita cuando ya está objetivamente fundada la Obra desde 1928, parece querer significar, en mi opinión, que gracias a la visión intelectual del 14 de febrero, ha llegado para el Beato Josemaría el momento, si se nos permite decirlo así, de asumir también subjetivamente, la realidad de que Dios le quiere fundador de una institución. Ya no cabe seguir buscando otras instituciones donde ser “soldadito de filas”: es preciso aceptar que Dios pide encarnar la misión que le encomienda en una realidad institucional nueva: la Obra de Dios. Más aún: que él debe “aceptarse” a sí mismo como fundador de esa nueva institución, única y la misma para hombres y mujeres, aunque –conforme al orden establecido por Dios en su “pasar” fundacional– haya de subsistir para siempre la Obra en dos Secciones separadas, unidas en la cabeza.

Cuando su confesor de aquel entonces le confirma que aquello “es tan de Dios como lo demás”, la visión intelectual adquiere en el Beato Josemaría la condición de certeza teológica, convicción personal inmovible, doblemente impresa en su alma por Dios: tanto por la vía inmediata de la visión *intra Missam*, como por la vía mediata de la confirmación del confesor. Al final de todo, pasados ya aquellos momentos, quedará reforzada en el Beato Josemaría la impresión filial de que el Señor, con ese modo de actuar, había querido seguir jugando con él, le había “trasteado”, precisamente para “que quedara una prueba externa objetiva de que la Obra era suya”. La prueba, para consuelo del joven Fundador y como testimonio para todos los tiempos, era patente: el nacimiento bajo el empuje de la gracia de la Sección de mujeres: el venir

²² *Apuntes íntimos*, n. 1872.

a la luz de las hijas inesperadas y queridísimas del Beato Josemaría.

En el acontecer del 14 de febrero de 1930 se encierra un trasfondo teológico que conviene no pasar por alto. En aquel nuevo destello de luz fundacional, no es sólo que Dios hiciera comprender al Fundador que quería mujeres en la Obra; es también, y ante todo, que el Señor estaba enseñando al Fundador –y a cuantos, a través de su testimonio, se asoman a estos hechos– cómo Dios mismo había querido que fuera la Obra. El 14 de febrero de 1930 es escenario no sólo de una inspiración fundacional por la que algo no nacido viene a la luz, sino también la ocasión querida por Dios para desvelar con mayor profundidad la naturaleza específica del Opus Dei, esto es, el hecho teológico y apostólico que subyace en la misión fundacional del Beato Josemaría.

En aquella visión intelectual, en la que es desvelado un elemento esencial de la Obra (referido al hecho fundacional absoluto del 2 de octubre de 1928), tiene lugar algo muy importante para hacerse cargo de lo que es el Opus Dei. Y es –lo dejamos ya dicho, y volveremos– sencillamente esto: el Fundador está siendo testigo del brotar imparable, por querer expreso de Dios, en medio de la Iglesia y de la sociedad, y a través de su trabajo sacerdotal, de una realidad institucional nueva, formada por hombres y mujeres corrientes, que nace entre sus manos a partir de la tierra misma de la Iglesia, desde la hondura de la vocación bautismal cristiana descubierta a la luz de espíritu fundacional que él mismo ha recibido. Veía el Beato Josemaría que la Obra era suscitada por la gracia desde la entraña misma del pueblo de Dios inserto en el acontecer de la historia y de la economía de la salvación.

¿Qué quería el Señor con la Obra? ¿Cómo lo entiende y lo expresa el Fundador en aquel tiempo de comienzos, bajo la fuerza de las sucesivas iluminaciones o inspiraciones fundacionales que va recibiendo? Cabría extenderse largamente sobre este argumento, pero es suficiente reseñar ahora unas palabras del Beato Josemaría, redactadas en sus *Apuntes íntimos* a finales de 1930, y a las que él mismo añadirá una breve nota fechada el 6 de febrero de 1931, en las que al expresar su voluntad de hacer la Obra como Dios la quiere, da razón de cómo ha entendido la finalidad de la Obra: lo que quiere el Señor. Es un texto, a nuestro entender, de enorme valor testimonial, que dice así:

“Cuando las circunstancias lo permitan, a ejemplo de lo que han hecho los Santos y porque veo que Dios así lo quiere, se harán celebrar y celebraremos muchas Misas, pidiendo al Señor luz para poner en práctica su Obra tal como Él la quiere. Hasta ahora, Xto. nuestro Rey ha manifestado su deseo (Nota posterior del Padre: estando nosotros siempre en el mundo, en el trabajo ordinario, en los propios deberes de estado, y allí, a través de todo, ¡santos! 6-II-931), pero está claro que, para ponerlo por Obra, espera que llamemos mucho y fuerte a su Corazón: Orar, orar y orar: Expiar, expiar, y expiar. Después..., ¡a trabajar para toda su gloria! Con el trabajo ha de hacerse santo cada uno: todos han de trabajar, a ser santos en medio de la calle, para llevar a Dios las almas del mundo. *Deo omnis gloria!*”²³

Todo el párrafo, pero en especial su frase final y las palabras de esa “nota posterior del Padre” (así la denomina Mons. del Portillo) datada el 6-II-1931, son sumamente ilustrativas de lo que quiere Dios con la Obra, según lo comprende su Fundador. Nos fijamos sólo en estas últimas, para no alargarnos. Dicen así: “estando nosotros siempre en el mundo, en el trabajo ordinario, en los propios deberes de estado, y allí, a través de todo, ¡santos!”. Ahí está sintetizada de manera directa y sencilla la finalidad de la Obra que Dios suscita entre hombres y mujeres corrientes, tal y cómo el Beato Josemaría la estaba viendo nacer entre sus manos. En ese breve inciso, encontramos expresada como de paso, la naturaleza teológica de la Obra de Dios, cuyos puntos focales son:

- “estando nosotros siempre en el mundo”;
- “en el trabajo ordinario”;
- “en los propios deberes de estado”;
- “y allí, a través de todo” (es decir: en y a través de la propia condición)
- “¡santos!”

El Señor, pues, quiere de los hombres y mujeres de la Obra que está naciendo, que permanezcan siempre en el mundo (es decir, en su condición existencial, en su género de vida), sin salir nunca de él; y que ahí donde se encuentran y más precisamente a través de eso (es decir, en y a

²³ *Apuntes íntimos*, n. 154; es un párrafo de finales de 1930, con el breve añadido de 6-II-1931.

través de su trabajo, en y a través del cumplimiento de los propios deberes) busquen alcanzar la santidad. En el hecho teológico y pastoral de la Obra naciente, en la vocación con que Dios llama a ella a hombres y mujeres, lucen como puntos de luz ante el Beato Josemaría las notas de la santidad personal, de la condición laical y secular de sus miembros y, en particular, de la que podría denominarse la esencial permanencia en el propio género de vida. Y todo con un profundo significado apostólico.

Allí también, en la entraña misma de la Obra de Dios, estaba ya presente, de algún modo, desde el principio el don del ministerio sacerdotal, pero quedaban aún por llegar otros momentos de luz fundacional. Éste es el punto que nos disponemos a contemplar y analizar a continuación.

5. La coronación de la Obra con la Santa Cruz

El título que damos a este apartado responde de manera casi literal a una frase del Beato Josemaría, en un texto datado en fecha significativa: el 14 de febrero de 1944. Se trata de una breve frase, dentro de un breve párrafo, pero enseguida se advierte que esas pocas palabras encierran un cúmulo de cuestiones interesantes. Dicen así: “Encontrar la Cruz de Jesucristo en el camino, nos asegura que seguimos sus pisadas. No sin misterio ha querido Dios coronar su Obra con la Santa Cruz, ahora hace un año. Ya desde 1931 estaba claro que aquellas palabras, que relata San Juan –*et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum* (Ioann. XII, 32)–, debíamos entenderlas en el sentido de que le alzáramos, como Señor, en la cumbre de todas las actividades humanas: que Él lo atraería todo hacia sí, en su reinado espiritual de amor”.²⁴

El pasaje presenta, como los anteriores, muchos puntos de interés. Destaca ante todo sus referencias temporales: una, la más cercana, que alude al año anterior” (“*ahora hace un año*”), es decir, al 14 de febrero de 1943; la otra, la más alejada, en la que se menciona el año 1931 (“*ya desde 1931 estaba claro que...*”). Ambas fechas, aunque separadas en el

²⁴ Carta 14-II-1944, n. 19.

tiempo, se encuentran aquí formando una cierta unidad, y puestas por el Beato Josemaría en relación con la Cruz de Jesucristo: más precisamente con un determinado significado de la Santa Cruz que él mismo nos hace conocer. Y todo, además, relacionado directamente con la Obra, según estas palabras: “*No sin misterio ha querido Dios coronar su Obra con la Santa Cruz, ahora hace un año*”. Tratemos, pues, de entrar más a fondo en estos nuevos datos.

a) *Un acontecimiento del 7 de agosto de 1931*

El primer punto de atención es la referencia al año 1931. El día 7 de agosto de aquel año, dentro del torrente de dones con que Dios guiaba los pasos del Fundador, a quien hacía experimentar también en ese tiempo y de muchas maneras el gusto amargo del sufrimiento, había tenido lugar el siguiente hecho: “7 de agosto de 1931: Hoy celebra esta diócesis la fiesta de la Transfiguración de Nuestro Señor Jesucristo. –Al encomendar mis intenciones en la Santa Misa, me di cuenta del cambio interior que ha hecho Dios en mí, durante estos años de residencia en la ex Corte (...) Y eso, a pesar de mí mismo: sin mi cooperación, puedo decir. Creo que renové el propósito de dirigir mi vida entera al cumplimiento de la Voluntad divina: la Obra de Dios. (Propósito que, en este instante, renuevo también con toda mi alma). Llegó la hora de la Consagración: en el momento de alzar la Sagrada Hostia, sin perder el debido recogimiento, sin distraerme –acababa de hacer *in mente* la ofrenda del Amor Misericordioso–, vino a mi pensamiento, con fuerza y claridad extraordinarias, aquello de la Escritura: “*et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum*” (Ioann. XII-32). Ordinariamente, ante lo sobrenatural, tengo miedo. Después viene el *ne timeas!*, soy Yo. Y comprendí que serán los hombres y mujeres de Dios, quienes levantarán la Cruz con las doctrinas de Cristo sobre el pináculo de toda actividad humana... Y vi triunfar al Señor, atrayendo a Sí todas las cosas”.²⁵

Se trataba de una nueva “visitación” del Señor al Beato Josemaría, que traía aparejada una iluminación intelectual fuerte y clara (“vino a mi pensamiento con fuerza y claridad extraordinarias”), relacionada sin duda

²⁵ *Apuntes íntimos*, n. 217.

con la Obra y con la misión fundacional, pues la gracia viene dada en el contexto espiritual del propósito recién renovado “de dirigir mi vida entera al cumplimiento de la Voluntad divina: la Obra de Dios”. Pero la escena que contemplamos ofrece otros aspectos significativos: 1) el nuevo don de gracia tiene todos los rasgos característicos de las locuciones divinas (sobresalto de temor, inmediato consuelo, imborrable claridad) y es experimentado como tal por el Beato Josemaría; 2) la iluminación dice referencia a unas palabras de Cristo contenidas en el cuarto Evangelio (Jn. 12,32: “cuando yo sea alzado sobre la tierra, atraeré todo hacia Mí”), que son ahora entendidas por el Beato Josemaría de un modo preciso y nuevo, relacionado indudablemente con el contenido de su misión fundacional: “Y comprendí que serán los hombres y mujeres de Dios, quienes levantarán la Cruz con las doctrinas de Cristo sobre el pináculo de toda actividad humana... Y vi triunfar al Señor, atrayendo a Sí todas las cosas”.

Sobre el contenido y significado de esa locución, tanto en su relación con la teología joánica de la exaltación y la atracción del Crucificado, como con relación a la naturaleza teológica del Opus Dei, existen ya algunos estudios teológicos,²⁶ otros están en curso,²⁷ y muchos más habrán de llegar. A nosotros nos es suficiente, por el momento, con dejar constancia de que, como fruto de la *loquela* divina del 7 de agosto de 1931, queda establecida en el alma del Beato Josemaría una clara relación entre la naturaleza de su misión y el levantar “la Cruz con las doctrinas de Cristo sobre el pináculo de toda actividad humana”. La Obra misma quedaba entonces referida a la Cruz redentora y a su fuerza de atracción de una manera honda y, para el Fundador, iluminante.

Así lo confirma otro texto posterior del Beato Josemaría que rememora el hecho y su clave de intelección: “Aquel día de la Transfiguración, celebrando la Santa Misa en el Patronato de Enfermos, en un altar lateral, mientras alzaba la Hostia, hubo otra voz sin ruido de palabras. Una voz, como siempre, perfecta, clara: *et ego, si exaltatus fuero a terra, omnia*

²⁶ Cfr., por ejemplo, P. Rodríguez, “*Omnia traham ad meipsum*. El sentido de Juan 12,32 en la experiencia espiritual de Monseñor Escrivá de Balaguer”, en *Romana*, 13, 1991, 331-352.

²⁷ En este momento, por ejemplo, están en proceso de elaboración, dentro del Departamento de Teología Espiritual de la Universidad Pontificia de la Santa Cruz, Roma, dos tesis doctorales sobre las interpretaciones de Jn. 12,32 en la historia del pensamiento cristiano.

traham ad meipsum! (Ioann XII, 32). Y el concepto preciso: no es en el sentido en que lo dice la Escritura; te lo digo en el sentido de que me pongáis en lo alto de todas las actividades humanas; que, en todos los lugares del mundo, haya cristianos, con una dedicación personal y libérrima, que sean otros Cristos”.²⁸

El concepto, sin duda preciso, contiene además algunos elementos preciosos. Ese alzar la Cruz, ese “poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas”,²⁹ en el sentido preciso que se le hace entender en aquel día de 1931 al Fundador del Opus Dei. Él ya vivía y trabajaba sacerdotalmente bajo la luz fundante del 2 de octubre de 1928 y la iluminación del 14 de febrero de 1930; ahora recibe una confirmación acerca de la misión encomendada. Es también un dato de preciado valor para captar mejor, a través de la impronta que aquella locución dejó en el Fundador, la sustancia de lo que venimos llamando el hecho teológico y pastoral del Opus Dei. En los hechos del 7 de agosto de 1931, en el destello de luz que une en modo preciso la exaltación-atracción de Cristo sobre todas las cosas y la actividad apostólica de los que el Beato Josemaría llama “*los hombres y mujeres de Dios*”, en los que está contemplando implícitamente la Obra, se ha descorrido completamente el velo de lo que Dios había querido suscitar en la Iglesia a través del Fundador. Quedaba sólo por conocer, de modo pleno, no el qué sino el cómo de la tarea a realizar. Faltaba aún, en ese sentido, la plena luz sobre el modo de integrarse orgánicamente el sacerdocio ministerial en el cuerpo eclesial de la Obra. Esa luz llegará el 14 de febrero de 1943, y con ella, como vendrá a decir el Beato Josemaría, la coronación del edificio de la Obra con la Santa Cruz.

b) *El 14 de febrero de 1943*

Desde el inicio de la fundación, el Beato Josemaría había comprendido, sin sombra de duda, que el Señor deseaba que hubiese sacerdotes como él, dedicados a la específica actividad apostólica de la Obra. Sacerdotes seculares, que tuviesen su misma vocación y su mismo espíritu. Algunos se le unieron desde el primer momento, como se lee en los relatos biográficos, pero esa

²⁸ Carta 29-XII-1947/14-II-1966, n. 89.

²⁹ Cf. Aranda, A. *Op. cit.*, pp. 255-277.

misma experiencia hizo entender al Fundador que los sacerdotes deberían provenir de las filas de los miembros laicos de la Obra. Para llegar a verlo puesto en práctica tendrían que pasar aún muchos años.

En 1940 pensó que había llegado el momento de llamar al sacerdocio a tres hijos suyos de probada madurez humana, espiritual y apostólica. Sin embargo, antes de que pudiesen ser sacerdotes, el Beato Josemaría debía resolver un problema por cuya solución venía rezando y haciendo rezar desde tiempo atrás: encontrar un título de ordenación que comportase la posibilidad de incardinarlos en el Opus Dei. Estudiaba soluciones canónicas adecuadas, buscaba el consejo de personas doctas y prudentes, pero no llegaba la deseada certidumbre. La luz llegó al fin el día 14 de febrero de 1943, y de nuevo, como trece años atrás, durante la celebración de la Santa Misa: “Pasaba el tiempo. Rezábamos. Los que iban a ser ordenados por primera vez como sacerdotes de la Obra, estudiaban con gran profundidad, poniendo toda su ilusión. Y un día, el 14 de febrero de 1943, celebrando yo en casa de mis hijas –en la calle Jorge Manrique–, después de la Comunión, ¡la solución que se buscaba!: Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. Jesús quería coronar el edificio con su Cruz santísima”.³⁰

Esta imagen de la coronación del edificio de la Obra con la Santa Cruz evoca la acción –habitual en muchos países y, concretamente, en la España de entonces– de manifestar externamente el final de los trabajos de estructuración de un nuevo edificio, poniendo en lo más alto una señal que corona la construcción. En nuestros textos, de manera evidente, el signo de coronación es la Santa Cruz, mientras que el edificio cuya estructura ha quedado concluida es la Obra. La Cruz de Cristo, justamente esa Cruz que ha de ser levantada sobre el pináculo de las actividades humanas, es contemplada también ahora por el Fundador, por don de Dios, como signo que culmina el edificio de la Obra. ¿Qué quiere decir esto? ¿Cómo entenderlo en profundidad?

Es necesario volver al día 14 de febrero de 1943. El Beato Josemaría venía buscando, como sabemos, el modo de plasmar canónicamente la pertenencia al Opus Dei de los sacerdotes, que procediendo de los

³⁰ Carta 29-XII-1947/14-II-1966, n. 159.

miembros laicos de la Obra, serían ordenados para ejercer el ministerio principalmente al servicio de las tareas pastorales de la institución. Las etapas de su búsqueda, de su oración, de su estudio, ocupan enteros capítulos biográficos. El punto más decisivamente teológico puede decirse en modo breve: el Fundador sabe que la componente sacerdotal es tan propia y tan necesaria para la realización de la Obra, tan de su entraña, como la componente laical: ambas, en su mutua relación, constituyen la base de la realización de la misión recibida; sabe también, y la experiencia se lo ha confirmado, que los sacerdotes deben proceder de hombres que hayan recibido la vocación al Opus Dei y tengan su espíritu.

La gracia del 14 de febrero de 1943 le enseñó cómo hacerlo, es decir, cómo podían quedar incardinados en la Obra sus hijos sacerdotes, dentro de la legislación canónica común de aquella época y de acuerdo con todos los requisitos y exigencias del carisma fundacional. Ésa fue la luz: comprender el modo de integrar el sacerdocio ministerial en el cuerpo de la Obra, al servicio de la misión de “*poner a Cristo en la cumbre de las actividades humanas*”, única e idéntica para los laicos y los sacerdotes del Opus Dei, en la unidad del espíritu y la finalidad de la Obra de Dios. La realidad teológico-pastoral del Opus Dei como orgánica integración de laicos y sacerdotes, como armónica conjunción del ejercicio del sacerdocio común y del sacerdocio ministerial, al servicio de la Iglesia y de la salvación de los hombres, estaba en la luz originaria y fundante del 2 de octubre de 1928, en la iluminación del 14 de febrero de 1930, y en el destello de la locución del 7 de agosto de 1931. Ahora, en el don del 14 de febrero de 1943, era puesta a plena luz en cuanto se abría la deseada vía canónica.

El Beato Josemaría, que desde antiguo había visto signada su vida entera con “*el sello real de la Santa Cruz*”,³¹ ve este nuevo momento como el de la coronación del edificio de la Obra con el mismo signo divino: la Santa Cruz. Ésa es la señal de que, por gracia del constructor divino, la estructura ha quedado finalizada, completados y plenamente

³¹ “Recuerdo que Jesús me ha querido siempre para Él —ya lo explicaré despacio, otro día—, por eso me agué todas las fiestas, puso acibar en todas mis alegrías, me hizo sentir las espinas de todas las rosas del camino... Y yo, ciego: sin ver, hasta ahora, la predilección del Rey, que, en mi vida entera, reselló mi carne y mi espíritu con el sello real de la Santa Cruz”, en *Apuntes íntimos*, n. 389; el texto tiene fecha de 14 de noviembre de 1931.

explicitados los perfiles del carisma fundacional. La naturaleza teológica del Opus Dei, como empresa apostólica compuesta de sacerdotes y laicos en íntima y orgánica cooperación, había quedado plasmada en la historia. Debería sólo ser traducida en formas y categorías jurídico-canónicas adecuadas, que terminaron confluyendo, después de un largo camino en la figura de la actual Prelatura, erigida por el Santo Padre Juan Pablo II el 28 de noviembre de 1982, con el nombre de “Prelatura de la Santa Cruz y Opus Dei”.